



Resucitó de verdad

Un ensayo sobre la resurrección

Mario López Barrio, SJ

Mario López Barrio, SJ

Resucitó de verdad

Un ensayo sobre la resurrección



Resucitó de verdad. Un ensayo sobre la resurrección / Torreón, Coahuila, México: Universidad Iberoamericana Torreón, 2024.

1. Jesucristo – Resurrección 2. Iglesia Católica – Doctrinas 3. Biblia. Nuevo Testamento. Evangelios – Crítica e Interpretación.

BT 203 L66 2024

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN
Juan Luis Hernández Avendaño
Rector

Armando Mercado Hernández
Director General Académico

Gustavo Antonio González Castañeda, SJ
Director General del Medio Universitario

Edición: Jaime Muñoz Vargas

Fotografía de solapa: Juan Manuel Rodríguez Mendoza

Resucitó de verdad

Formación Universitaria y Humanista de La Laguna, A.C. (Universidad Iberoamericana Torreón). Calzada Iberoamericana 2255. Ejido la Unión, Torreón, Coahuila. C.P. 27420.

Primera edición, Torreón, febrero de 2024
©Mario López Barrio

Impreso en México

*El “caminar” del sabio israelita es vivir
en coherencia con el proyecto de Dios.*

*El “caminar” del discípulo cristiano es vivir
en sintonía con la Resurrección del Señor.*

PRESENTACIÓN

LUIS REY DELGADO GARCÍA

La resurrección para el creyente, ilustrado o no, es fuente de profunda alegría. El Domingo de Resurrección o de Pascua es “la fiesta”, la gran celebración: “Cristo triunfó sobre la muerte”. En la celebración eucarística recordamos, conmemoramos de una manera especial esta gran alegría. En la tradición cristiana, cuando celebramos la resurrección de Cristo estamos celebrando también nuestra propia liberación.

Acercarnos al “Misterio” de la resurrección de Jesús como nos lo propone Mario López Barrio en estos textos, recorriendo las diversas miradas de los evangelistas y de los cristianos de la primera hora, atendiendo a las semánticas, hermenéuticas, contextos, testimonios y reflexiones a través del tiempo, nos asegura un recorrido, más que ilustrativo, contemplativo que fortalece nuestra experiencia de fe.

En la resurrección encontramos la clave de la esperanza cristiana: si Jesús está vivo y está junto a nosotros, ¿qué podemos temer?, ¿qué nos puede preocupar? “Si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe” (I Corintios 15,14), afirma Pablo de Tarso: Si Jesús no hubiera resucitado, sus palabras hubieran quedado en aire, sus promesas hubieran quedado sin cumplirse.

La iglesia, en su tradición litúrgica, ha mantenido la centralidad de la muerte y resurrección de Jesús, el Cristo. En el culmen del año litúrgico la celebra con una “Misa solemne”

en la cual se enciende el cirio pascual, que simboliza a Cristo resucitado, luz de todas las gentes. En algunos lugares del mundo, muy de mañana, se lleva a cabo una procesión que se llama “del encuentro”: un grupo de personas llevan la imagen de la Virgen y se encuentran con otro grupo de personas que llevan la imagen de Jesús resucitado, como símbolo de la alegría de ver vivo al Señor. Con base en la leyenda del “conejo de pascua”, en algunos países se acostumbra celebrar la alegría de la resurrección escondiendo dulces en los jardines para que los niños pequeños los encuentren.

La resurrección de Jesús en nuestro credo religioso afirma que, después de haber sido condenado a muerte y ser crucificado, Jesús fue resucitado de entre los muertos, como “primicias de los que durmieron” (1 Corintios 15:3-4), siendo exaltado como Cristo (Mesías) y Señor.

En el Nuevo Testamento, después de que los romanos crucificaron a Jesús, él fue ungido y enterrado en una tumba nueva por José de Arimatea, pero Dios lo resucitó de entre los muertos y se apareció a muchas personas en un lapso de cincuenta días antes de ascender al cielo, para sentarse a la diestra de Dios.

En nuestra tradición cristiana, la resurrección corporal fue la restauración de la vida de un cuerpo transformado (inmortal o incorruptible) impulsado por el espíritu, según lo descrito por Pablo y los Evangelios.

En la erudición cristiana secular, las apariciones de Jesús se explican como experiencias visionarias que dieron ímpetu a la creencia en la exaltación de Jesús y una reanudación de la actividad misionera de los seguidores de Jesús.

En la teología cristiana, la encarnación, la muerte y resurrección de Jesús constituyen los eventos centrales que forman el fundamento de la fe cristiana.

Los cristianos celebramos la resurrección de Jesús el Domingo de Pascua, dos días después del Viernes Santo, el día de su crucifixión. La fecha de la Pascua se corresponde aproximadamente con el Pésaj, la observancia judía asociada con el Éxodo, y está fijada para el primer domingo de luna llena después del equinoccio de primavera.

Mario López Barrio nos introduce a los textos que dan cuenta del formidable “Misterio de la Esperanza” que es el acontecimiento de la resurrección de Jesús, esto para contemplarlo más allá de explicarlo, y todo con una mirada sencilla, además de erudita; con una actitud respetuosa, además de ilustrada.

Deseo que su lectura ayude a obtener una mirada refrescante al Misterio de nuestra fe.

Verano de 2023

NOCIONES INTRODUCTORIAS

Al llegar el tiempo pascual, los fieles de la Iglesia grecocatólica se intercambian un saludo especial. No el de “Felices Pascuas”, como en occidente, sino “*Xristós anesthe*” (“Cristo resucitó”), con la respuesta correspondiente: “*Óntws anesthe*” (“resucitó verdaderamente”). Es la síntesis de nuestra celebración de Pascua: un anuncio gozoso del evento principal de nuestra fe.

La lectura de los signos de nuestros tiempos nos podría precipitar en una situación de inseguridad y aun de cierto temor, al constatar la realidad de nuestro pueblo, de una gran pobreza en lo que toca a su formación en la fe. Por una parte, una realidad mundial que nos bombardea con retos y preguntas, en una comunidad humana que progresa a pasos acelerados en la tecnología, pero por otra, una comunidad con heridas graves, que pronostican una posible destrucción, de no darse un cambio sustancial en el estilo de vida que se ha adoptado. Sentimos la urgencia de una fuerza nueva, que parece faltarnos. Pero no hemos caído en la cuenta de que esa fuerza, una energía extraordinaria, la tenemos frente a nosotros; se nos ofrece, pero no hemos sabido recibirla. Esa potencia está en la resurrección del Señor.

El esfuerzo que se refleja en estas páginas es un intento por responder a la necesidad urgente de formación en la fe de nuestro pueblo. Por décadas, nos hemos concentrado en

la primera parte de lo que llamamos el *Misterio Pascual* (pasión y muerte), y hemos dejado de lado la segunda parte (la resurrección). Así, en la liturgia, en la lectura, en la oración, la atención se ha concentrado en el Cristo sufriente. Las manifestaciones en el arte religioso de nuestros pueblos, por ejemplo, son elocuentes en este aspecto. El arte cristiano abunda en representaciones de escenas diversas del Cristo sufriente: el juicio, la flagelación, el viacrucis, la crucifixión. Las celebraciones litúrgicas, todas permeadas por el luto propio de la Semana Santa, llegan hasta el sepulcro. Pero la resurrección, a pesar de su importancia, ha quedado en la sombra de la conciencia de los creyentes como una dimensión desconocida o muy desdibujada.

Como creyentes, nuestra esperanza es Jesucristo. Y se funda en un hecho: su resurrección. Sólo desde Cristo resucitado podemos vislumbrar el futuro que nos espera y descubrir el camino hacia nuestra verdadera plenitud. En él tenemos la garantía de poder superar el fracaso y la muerte, y constatar que la muerte, con todas sus funestas manifestaciones (hambre, guerra, enfermedad), no tiene la última palabra. La resurrección de Cristo es también una revelación: Dios está de parte de los crucificados de la historia y frente a los que crucifican a su pueblo. Es la última palabra de Dios sobre el destino final de los maltratados. Incluso en los momentos más oscuros, la esperanza que brota de Cristo resucitado puede mantenerse “contra toda esperanza” (Rom 4,18).

Después de la ejecución de Jesús, realizada con una saña inimaginable, sus seguidores se hacían la pregunta: “¿Por qué ha abandonado Dios a aquel hombre ejecutado tan injustamente por defender la causa de su Reino?” Sobre todo, porque habían descubierto una bondad inmensa en sus

palabras y gestos de despedida. ¿Cómo puede un hombre así terminar en el Sheol?¹ Dios tendría que reaccionar, y no permitir que un hombre de tanta bondad terminara en una ejecución tan brutal e injusta. Si los seguidores de Jesús huyeron desolados y desconcertados, no se podía concluir que fueran hombres sin fe.

Pero al poco tiempo, sucede algo inesperado, difícil de explicar: los que antes se escondían llenos de miedo, se presentan de nuevo en Jerusalén, y ante todo tipo de auditorio (el pueblo, las autoridades religiosas y políticas), expresan con mucha audacia, abiertamente, que Jesús, el profeta recientemente ajusticiado, está vivo. Dios lo ha resucitado.

La resurrección se está convirtiendo, al mismo tiempo, en uno de los desafíos para la teología actual, y en un campo de renovación en tres direcciones fundamentales: la crítica exegética, el contexto cultural y el diálogo entre las religiones. Se trata del final del fundamentalismo bíblico (no podemos aceptar ya la lectura literal de los textos bíblicos), la superación de la concepción “mítica” de la intervención de Dios en el mundo y la inaceptabilidad del exclusivismo religioso.

La cultura actual se resiste a concebir a Dios como una presencia activa que irrumpe en los enredos del mundo para destrabar los problemas. La resurrección de Jesús ha dejado de ser considerada como un “milagro” en los tratados últimos. Se le ve ya como una realidad no-empírica, no accesible a los métodos de la historia científica. Las na-

¹ En la primitiva concepción bíblica, era la “región de las tinieblas”, donde reinaba el silencio total, la oscuridad y el polvo. Ahí permanecían los muertos, como sombras, olvidados por el mismo Dios.

rraciones bíblicas mismas necesitan ser leídas teniendo en cuenta su carácter simbólico, catequético y parenético. El *nuevo marco cultural* propone una nueva visión del mundo, con sus leyes autónomas, que no admiten fácilmente las representaciones míticas: que el Resucitado pueda ser visto y tocado, que pueda tomar alimento material, subir al “cielo” hasta ser ocultado por una nube.

Tenemos que actualizarnos en los avances de la teología, con la nueva interpretación de la revelación, la transformación de la cristología, que ha ido valorando la manifestación y realización de la divinidad de Cristo en lo humano.

Todos estos cambios nos han ido ayudando a dar importancia al misterio de la resurrección, con su capacidad de iluminar nuestra vida. Vivir la fe en nuestro tiempo, en nuestra cultura, es algo que tenemos que aprender, una tarea que no podemos eludir ni dejar “para después”.

En el horizonte hermenéutico, debemos orientar nuestra pregunta: ya no qué sucedió con el Resucitado, sino qué significa la resurrección. Si la resurrección de Cristo no puede ser afirmada como un hecho “histórico” (sujeto a la condición del mundo de los fenómenos), sin embargo, sí puede y debe ser afirmada como hecho “real”, como una realidad “trans-histórica”. No podemos negar la dificultad que experimentamos ante el hecho misterioso de la resurrección. El Cardenal Martini confesaba abiertamente:

Considero que cada uno de nosotros tiene en sí a un no creyente y a un creyente que se hablan en su interior, que se interrogan mutuamente, que se dirigen de continuo uno al otro preguntas punzantes e inquietantes. El no creyente que hay en mí inquieta al creyente que hay en mí, y viceversa. [...] La claridad y la sinceridad de tal

diálogo me parecen un síntoma de haber alcanzado madurez humana.²

En los evangelios no consta de ninguna aparición a Santiago, ni a los “apóstoles”, ni a los Quinientos, como testifica Pablo (1Cor 15,6). No debemos ignorar que la resurrección de Jesús es no solamente un hecho asombroso, sino un misterio. Jesús resucitado ha entrado en la gloria del Padre, ha sido exaltado al cielo y, como Señor de la historia, está presente a todos los hombres y a todos los tiempos.

Simbólica bíblica

Debemos estar atentos a las expresiones bíblicas simbólicas, por ejemplo: “arriba” y “abajo”, lo “superior” y lo “inferior”, para entrar y recorrer con provecho el itinerario de algunos textos ricos en este tipo de expresiones, como son los de la resurrección. Dios es situado en las alturas; los poderes malignos son relegados a las regiones inferiores; descenso y ascenso.

Hay dos esquemas para abordar el tema: el esquema *resurrección*: Jesús “se ha despertado” del sueño de la muerte, “se ha levantado” de la tumba y del *Sheol*; y el esquema *exaltación*: Jesús es “exaltado”, “sube” al cielo, parte de aquí abajo para ir hacia arriba. Solamente con la exaltación cobra pleno sentido la resurrección de Jesús.

En el lenguaje evangélico de la resurrección no se habla de “apariciones”, sino que se dice “fue visto” (*ofthe*, aoristo pasivo del verbo “horao”, ver), aunque la traducción correcta es “hacerse ver”. Esta expresión, “hacerse

² C. M. Martini, *Le cattedre dei non credenti*, Milano, Bompiani, 2015, p. 6.

ver”, desborda ampliamente el aspecto sensible. En lo que toca a la “aparición” propiamente dicha, Dios se presenta no como un objeto que ver, sino como alguien que busca una relación. De los evangelistas, el que ha sido más sensible a esta amplitud de sentido es Juan, que prefiere, en su teología, hablar de la “glorificación” o de la “exaltación” de Jesús.

El testimonio de Pablo

Con un lenguaje de gran libertad hizo sus confidencias unos quince años después de los sucesos:

1. Carta a los Gálatas

Pablo comprende su encuentro con Cristo, a la luz del Canto del Siervo, el Siervo misionero de Is 49,1-6. Desde esta vocación, Pablo descubre su propia vocación de ser llamado a ser misionero entre los gentiles.

2. Carta a los Filipenses

El verbo “conocer” expresa de manera personal la transformación de la existencia de Pablo.

Con la carta a los Filipenses alcanzamos un clímax en referencia y uso de Pablo de la resurrección. La carta ofrece una pista más fuerte que en cualquier otro lugar, excepto 2Cor, en que Pablo está enfrentando la posibilidad seria de su propia muerte inminente.

3. Primera carta a los Corintios

Para Pablo, hay una interacción constante entre la aparición del Señor y el apostolado que ahora vive: 9,1-2. El acontecimiento del encuentro con el Resucitado determina su existencia y su vocación. Las dos dimensiones típicas de los relatos evangélicos aparecen en las palabras de Pablo: iniciativa y misión divinas.

La resurrección —la de Jesús y la de su pueblo— domina la correspondencia de Corinto. Más allá de sus diferencias, 1Cor y 2Cor convergen en lo que dicen acerca de la resurrección. En ambas, la muerte y resurrección de Jesús son algo fundamental. La introducción de 1Cor 15,1-11 es formal, solemne, compleja y controvertida. Junto con los relatos de los sucesos pascuales originales, se presenta como el quinto testigo, y por eso es obvia su importancia.

La comunidad cristiana expresó en dos lenguajes el hecho del encuentro de los primeros discípulos con el Jesús viviente: resucitó de entre los muertos, fue exaltado al cielo, como Señor y Cristo. Pero se guardó silencio sobre cómo ocurrió ese encuentro del Señor con sus discípulos. Lucas presenta el caso de Pablo en tres relatos que respiran vida y luz: Hech 9,1-19; Hech 22,6-21; Hech 26,12-23. Los puntos sobresalientes de estos relatos son: cerca de Damasco Cristo se apareció a Saulo, perseguidor de los cristianos; ese encuentro transformó su existencia al grado de hacer de él el gran apóstol de los paganos.

Nosotros, lectores del siglo XXI, quisiéramos presenciar los hechos tal como pasaron. Pero desgraciadamente no podemos documentar nada que pueda avalar los detalles como históricos, ni tampoco los diálogos. Por tanto, tenemos que renunciar a ese deseo secreto de “ver” los acontecimientos, y concentrarnos en lo que tenemos en nuestras manos: el texto bíblico. Lo que mueve a su autor, Lucas, es sobre todo una intención teológica. Quiere mostrar cómo Dios realiza su designio de llevar la salvación a los gentiles hasta los confines de la tierra.

Lucas elaboró el esquema de los cuarenta días, durante los cuales el Resucitado se mostró vivo a los discípulos, y al término de los cuales “subió al cielo” (1,2-3).

En el sepulcro de Jesús

Los cuatro evangelios refieren los episodios ocurridos en torno al sepulcro. Pero llama la atención que, a pesar de la unanimidad de los evangelios, los otros escritos del NT ignoren estos hechos; y el kerygma primitivo ni siquiera lo menciona.

Los nombres y el número de las mujeres varían según las recensiones. Sólo María Magdalena es siempre nombrada. Los autores tratan de establecer un nexo entre los testigos de la muerte, de la sepultura y de la visita al sepulcro. La atención de las mujeres está vuelta al pasado. Con la piedra se pretende ayudar a la fe en la resurrección, no simplemente causar extrañeza. El sepulcro no es como nuestro cementerio, sino simboliza el Sheol, el lugar a donde descienden los difuntos. No es coincidencia que a la muerte de Jesús se abran las tumbas antes de que los muertos resuciten (Mt 27,52); después se abre el sepulcro de Cristo. La piedra removida tiene una función epifánica, y significa la derrota del Sheol, una intervención del poder divino sobre la muerte, que ha sido vencida. Simboliza el final del Sheol, que deja de tener sentido.

El ángel

Como personaje celestial, vestido de blanco, es un detalle apocalíptico que expresa la unión del cielo y de la tierra. Lo que se subraya es que estamos ante Dios que actúa, más que el hallazgo del sepulcro vacío. Lo esencial es el mensaje de la resurrección. El punto culminante del relato se encuentra en el mensaje del ángel, que no se concentra en narrar el hallazgo de la tumba vacía, sino en lo más importante: la victoria sobre la muerte. Por eso, la fe en la resurrección no

nació del hallazgo de la tumba vacía, sino del mensaje celeste. Su objetivo no es biográfico, sino teológico. Pablo, por ejemplo, no argumenta a partir del sepulcro vacío. Como recuerdo, no le parece indispensable, ni siquiera útil, para garantizar el hecho de la resurrección de Jesús.

La reacción de las mujeres: es común a todas las recensiones constatar que las mujeres huyeron.

Los *lienzos* dejados en el sepulcro atestiguan que el cuerpo de Jesús ha alcanzado su plenitud de ser, y se le ha de buscar en otra parte.

LA RESURRECCIÓN EN LOS TEXTOS

Los textos son ante todo testimonios de fe. Debemos tener presente que los relatos evangélicos no son la primera expresión del misterio pascual. Además, los evangelistas no tenían, como primera intención, demostrar históricamente la verdad de la resurrección, como sostiene Martini.³

Durante los decenios que precedieron a la redacción de los evangelios se había desarrollado una literatura variada: los testimonios preevangélicos, que nos acercan a una expresión más inmediata de la experiencia cristiana. Además, los relatos evangélicos fueron escritos por narradores de segunda mano. Pablo es el único testigo que habló personalmente de su experiencia de encuentro con el Resucitado.

Las Fórmulas de fe

En el periodo que va de la muerte de Jesús a la redacción de los evangelios (unos 40 años o más) circularon en las comunidades numerosas tradiciones, particularmente las *Fórmu-*

³ “Los evangelistas no tuvieron como objetivo primario demostrar históricamente la realidad de la resurrección, ni mucho menos ser exhaustivos en la enumeración de las pruebas. Antes bien, quisieron anunciarla, presentarla en su significado religioso según diversos aspectos” (C. M. Martini, *Il problema storico della risurrezione negli studi recenti*, Roma, Libr. Ed. Gregoriana, 1959, p. 73).

las, que contenían lo esencial de la fe. Con ellas se buscaba instruir a los neófitos, asegurar la autenticidad de la fe en tiempo de persecución y proclamar en la liturgia la unanimidad de los participantes. Además de las *Fórmulas*, la comunidad contaba con otro registro de lenguaje: los *Himnos*, para proclamar la exaltación del Señor.

1. Cristo ha resucitado

Una fórmula tradicional, insertada por Lc en 24, 34: *¡Es verdad! El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón*. Otra fórmula es la de 1Cor 15,3-5: *Les transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados —según las Escrituras—, que fue sepultado, que resucitó el tercer día —según las Escrituras—, que se hizo ver de Cefas*.

La resurrección de Cristo se afirma mediante una palabra que significa originariamente “despertar”, “despertarse”. La mención de “el tercer día” del credo primitivo pretende sugerir que la resurrección de Jesús es el acontecimiento capital, más que la precisión de una fecha.

2. Dios resucitó a Jesús de entre los muertos

Es la formulación más antigua del mensaje pascual, respecto a la resurrección. Podría ser la voz de la fe pascual en un primer momento (en estado naciente).

Algunos himnos neotestamentarios

Junto a las Fórmulas de fe, están los Himnos, que aclaman en Jesús al Señor glorificado por Dios. Si las Fórmulas de fe confiesan el hecho de la resurrección, los Himnos proclaman la glorificación de Jesús. Pertenecen a un género literario diferente, y adoptan también un lenguaje diferente: el *hímnico*.

Filipenses 2,6-11

Está construido sobre una oposición: humillación (6-8) y elevación (9-11). Intenta subrayar el señorío y la gloria de Jesucristo. Describe la persona de Jesucristo en sus dos estados: condición divina velada en la humillación de la condición terrestre y manifestación de la condición divina glorificada a los ojos de todos. La antítesis se expresa a través de la oposición griega “esclavo” y “señor”.

1 Timoteo 3,16

*Grande es el misterio de la piedad:
el que ha sido manifestado en la carne,
justificado en el espíritu,
visto por los ángeles,
proclamado a los gentiles,
creído en el mundo,
levantado a la gloria.*

No se alude a la resurrección de Jesús, ni a sus apariciones ni incluso a su muerte, sino más bien a su manifestación en la humillación de la carne y a su manifestación en la gloria del espíritu.

Otros textos

Efesios 4,8-9

Subiendo a la altura, llevó cautivos y repartió dones a las personas. ¿Que quiere decir “subió” si no que también bajó a las regiones inferiores de la tierra?

Rom 6-8; 10,5-8

Romanos está toda enriquecida con el tema de la resurrección. La pascua está por todas partes. Si Romanos no hubie-

ra sido reconocida como la gran epístola de la justificación por la fe, podría llegar a ser nombrada la carta principal de la resurrección.

Ciertamente, Romanos 5-8 es una pieza ejemplar de Pablo. Se le reconoce una estructura hecha muy cuidadosamente, en secuencia, desarrollo y clímax cristológico; afirma que aquellos que han sido justificados por la fe están en paz con Dios y disfrutan en la esperanza de su gloria. Y en la secuencia del capítulo 6 hasta el capítulo 8 (por lo menos), Pablo hace eco a una historia que con frecuencia está bajo la superficie de su escrito: el Éxodo.

1Pedro 3,18-22; 4,6:

Por eso, hasta a los muertos se ha anunciado la Buena Nueva, para que, condenados en la carne según los hombres, vivan en espíritu según Dios.

Hech 1,9-11

El número 40 significa espacio de tiempo importante, y también un plazo, un tiempo arquetipo (aquí el de las apariciones). No pretende designar un período cronológico exactamente delimitado.

Los hombres vestidos de blanco corresponden a los mensajeros angélicos que, de ordinario, acompañan las teofanías.

Ascensión y exaltación: ambas recogen la simbólica de la elevación del justo al cielo.

Iluminación del AT

Estudios y surveys de las antiguas creencias israelitas sobre la vida después de la muerte habían tendido a desplegar tres

fases distintas. En el periodo antiguo, había poca o ninguna esperanza por una vida de alegría o bendición después de la muerte: el Sheol devoraba a los muertos, los retenía en la oscuridad, y nunca los dejaría salir de nuevo. En un cierto punto, algunos israelitas piadosos llegaron a descubrir el amor y poder de Yahvé tan fuerte que la relación de que ellos gozaban con él en el presente no podía ser rota ni siquiera por la muerte. Entonces, otra vez en un cierto momento surgió una nueva idea: los muertos serían levantados.

El amor constante de Yahvé no fue nunca meramente un dogma de los antiguos israelitas. En muchas partes de su literatura, y de una manera suprema en los Salmos, encontramos evidencia de que *ellos conocieron este amor en una experiencia muy viva y personal*. Fue esta experiencia personal, más que una teoría acerca de la inmortalidad innata, lo que hizo surgir la sugerencia de que la fidelidad de Yahvé sería conocida no sólo en esta vida, sino en una vida más allá de la tumba.

Ciertamente, Yahvé es la substancia de la esperanza, no meramente el fundamento: él mismo es la “porción”, es decir, la herencia del justo (Sal 15,5), el devoto israelita. Al mismo tiempo, es su poder solamente el que puede hacer vivir, como recitan algunas oraciones antiguas. *Contigo está la fuente de la vida* (Sal 36,10), canta el salmista; y en el mismo salmo: *en tu luz vemos la luz*. Cuando esta fe fuerte en Yahvé como el creador y donador de la vida, el Dios de la última justicia, encuentra la contradicción aparente de las injusticias y sufrimientos de la vida, se presenta la oportunidad para que brote una creencia fresca.

Ninguno duda de que el AT habla de la resurrección de los muertos, pero ninguno puede estar cierto de lo que eso significa, de dónde viene la idea o cómo se relaciona con las

otras enseñanzas de las Escrituras sobre los muertos. Pero puesto que el mundo judío del tiempo de Jesús y de Pablo ve estos textos como las fuentes principales de su creencia extendida de la resurrección, debemos examinar con cuidado los textos relevantes y conocer cómo trabajan ellos. ¿Es aquí la resurrección una innovación que brota sobre un mundo israelita impreparado? En ese caso, ¿de dónde vino? ¿O es, más bien, el clímax de la antigua esperanza judía?

La resurrección no es solamente otro modo de hablar sobre el Sheol, o de lo que pasa después, como en el Salmo 73, o sea, después del evento de la muerte corporal. La resurrección significa “vida después de la muerte” o vida corporal después del estado de “muerte”. Según los textos, es lo que sucederá al pueblo que al presente está muerto, no lo que ya les ha sucedido.

El texto que llegó a ser central para el pensamiento judío más tardío, sobre esta materia, es Daniel 12,2-3:

*Tus muertos vivirán, sus cadáveres se levantarán.
¡Oh habitantes en el polvo, despierten y canten de alegría!
porque tu rocío es un rocío radiante,
y la tierra dará a luz a los muertos de tiempo.*

Aunque es casi ciertamente el pasaje tardío más relevante, hay buenas razones para comenzar por él: es el más claro, el que habla ciertamente sobre la resurrección corporal. Leer Daniel 12 es colocarnos en el puente entre la Biblia y el judaísmo del tiempo de Jesús.

El pasaje no pretende ofrecer una teoría global del último destino de toda la raza humana, sino simplemente afirmar que, en una renovada vida corporal, Dios dará vida eterna a algunos y eterno rechazo a otros. Daniel 12 es la

forma que toma la restauración nacional. Es el verdadero fin del más profundo exilio.

Queda todavía otro texto mayor, cuya importancia no se puede negar: Ezequiel 37, que es quizá el más famoso de los pasajes del AT sobre la resurrección. Es el más obviamente alegórico o metafórico; los paralelos son notables.

De nuevo, el contexto es el exilio. Para Ezequiel, centrado en el Templo, uno de los mayores problemas de Israel era la impureza; limpiarlo de esa impureza era parte de su promesa de restauración (36,16-32). Este es uno de los oráculos sostenidos acerca de la restauración de la misma tierra, con su pueblo, sus edificios, su agricultura y sus rebaños (36,1-15.33-8).

Israel ha podido conservar la esperanza gracias a la experiencia que fue viviendo en su relación con Yahvé, la visión de la creación y la alianza, la fidelidad y propósitos para Israel, el don de la tierra, su protección frente a tantos peligros y enemigos, su amor por el mundo y sus creaturas. Subsiste en el pueblo la creencia en que la relación con YHWH sería inquebrantable aun por la muerte.

La fe en la resurrección permanece no sólo como imagen de la restauración de la nación, sino como predicción de un elemento en esa restauración.

El cuadro dramático de Ezequiel, de los huesos secos que se juntan y son cubiertos con piel y carne, y finalmente son animados por el espíritu, fue una rica alegoría del regreso del exilio.

La poderosa resurrección de Jesús constituye la esfera en la que viven los cristianos, ahora justificados y reconciliados con Dios, y que esperan el gozo final de la vida en plenitud.

La fe judía en la resurrección de los muertos

En el tiempo de Jesús los judíos creían que los muertos resucitarían en el último día.

Para una inteligencia bíblica de la resurrección recordemos que el cuerpo no es una “parte integrante” del hombre, sino es el hombre mismo en cuanto se exterioriza. El hombre se manifiesta entero a través del alma, la carne, el espíritu, el cuerpo. Como afirma Robinson, el hombre es concebido como “un cuerpo animado y no como un alma encarnada”.⁴

Para el “griego”, el hombre está compuesto de alma y cuerpo; el alma es inmortal, el cuerpo, un material puesto provisionalmente a su disposición, pero que la tiene encerrada; a la muerte, el alma se libera del cuerpo-prisión. Según esta antropología, la resurrección consistiría en reanimar el cuerpo. En la antropología judía es diferente: la resurrección consiste en el acceso del difunto a la vida plena.

El Resucitado es representado con la imagen de un personaje de este mundo. Pero con la pretensión de no confundirlo con un fantasma, se corre el riesgo de velar la verdadera naturaleza de su nueva existencia. En cuanto a la ascensión, se trata de expresar la entronización gloriosa. Pero existe el peligro de olvidar que este lenguaje, si no se le percibe su dimensión simbólica, acaba en una reducción del misterio a la dimensión de un hecho prodigioso cualquiera.

⁴ H. W. Robinson, *Hebrew Psychology*, 1925, 363.

LA GÉNESIS DE LA FE EN LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

Cada evangelista fue recogiendo el fruto de un largo trabajo de entre cuarenta y setenta años a partir de los acontecimientos. Por eso, nos vemos obligados a renunciar a todo simplismo y a toda seguridad apodíctica.

Cuando buscamos la interpretación neotestamentaria de la resurrección de Jesús, no debemos quedarnos solamente en las expresiones conocidas: “resurrección de entre los muertos”, “resucitado al tercer día”, “exaltado”, etc., sino tenemos que ir a los relatos que hablan sobre el mensaje de Jesús, su actividad, sus milagros, su cercanía y trato con los hombres y los pecadores, su forma de vivir y de morir, es decir, *los mismos relatos evangélicos* que son para nosotros una interpretación de la parusía y la resurrección de Jesús.

Interpretamos a Jesús de Nazaret, definitivamente, mediante la afirmación creyente de su resurrección, y la resurrección o parusía es interpretada a su vez mediante los relatos evangélicos en cuanto recuerdos de la vida terrena de Jesús, a la luz de su resurrección o parusía venidera.

Recordemos que el cristianismo no es un “sistema”, sino una experiencia vital con Jesús de Nazaret; una experiencia que debe verificarse constantemente, pues las circunstancias van cambiando y nos van exigiendo una fidelidad creadora y dócil a la acción de Dios en Jesús.

La fe y la historia deben caminar juntas, pues nosotros estamos en la historia como intérpretes, y una in-

interpretación definitiva es siempre cuestión de confianza y de fe.

Para Pablo, el credo del crucificado-resucitado es “el Evangelio” (1 Cor 15,1ss), en el que la muerte y la resurrección no son un presupuesto de la predicación de la parusía, sino objeto de predicación. Es notable el texto de Ef 2,6 —*con él nos resucitó y con él nos hizo sentar en el cielo*— que procede de un antiguo himno bautismal que interpreta el bautismo como resurrección. *Por eso dice el himno: Despierta, tú que duermes, levántate de la muerte, y te iluminará la luz de Cristo* (Ef 5,14).

“La resurrección se ha efectuado ya” (2 Tim 2,18) en el bautismo cristiano, y, por tanto, no hay resurrección futura: *... resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo, por encima de toda soberanía y autoridad y poder y dominio, y de todo título reconocido, no sólo en esta edad, sino también en la futura* (Ef 1,20-21).

Las dos formulaciones más antiguas del credo pueden reconstruirse a partir de 1 Tes 4,14; Rom 4,17; 1 Pe 3,18 y Rom 14,9 (y otras fórmulas prepaulinas). *De un lado: Dios ha resucitado a Jesús (de entre los muertos); de otro, Jesús, que murió y fue resucitado* (Rom 4,25; 8,34; 1 Cor 15,4; Gál 1,1; 1 Tes 1,10; Hch 2,24).

EL MENSAJE PASCUAL DE MARCOS (16,1-8; 9,20)

Ellas salieron y huyeron de la tumba, temblando de miedo, y el pánico se apoderó de ellas. No dijeron nada a nadie, por el miedo que tenían (16,8): tenemos aquí uno de los más famosos renglones del estudio moderno. El Evangelio de Marcos es un libro de misterios: revelaciones secretas, luces que brillan en medio de la oscuridad, que se han convertido en reto a una fe sin visión, y, finalmente, temblor, pánico y silencio. Un final apropiado para un libro como este evangelio.

A pesar de que el punto de la historia ha sido que la tumba vacía prueba la resurrección, el punto es secundario. Pablo, por ejemplo, no habla para nada de la tumba vacía. Existiera o no la historia, probablemente era un tema subordinado, sin un significado fundamental para el kerygma oficial. Originalmente no había diferencia entre la resurrección de Jesús y su ascensión. Esta distinción se dio como una consecuencia de los relatos pascales, que finalmente necesitaban una historia especial de la ascensión a los cielos como un final de la permanencia terrena del Señor. Pero la historia de la tumba vacía tiene su lugar justo en medio de este desarrollo, porque en la idea original de la exaltación es ya modificada.

Sólo ocho versículos en este final. Un error de interpretación en que se cae con frecuencia, de parte del lector, viene de creer que se trata de un relato biográfico. Las mujeres

van a embalsamar un cadáver, y se encuentran con un ángel que les anuncia la gran noticia, el mensaje central del texto: *Buscan a Jesús de Nazaret, el crucificado; ha resucitado*. El ángel les presenta otro proyecto, al encomendarles una misión: anunciar a los discípulos un reencuentro en Galilea.

¿Cómo se puede entender que el clímax del evangelio ofrezca un número quince veces menor de versículos que el relato de la pasión? ¿Terminará el anuncio de la buena nueva con la extraña desobediencia de unas mujeres a quienes el mensaje celeste ha confiado una misión para los discípulos? Marcos ha querido terminar así su evangelio, como el coronamiento del relato del ministerio y de la pasión de Jesús.

Encontramos una dificultad sobre el momento en el que las mujeres llegan al sepulcro: *muy de madrugada* (3 o 4 de la mañana), y después: *a la salida del sol*. ¿Entonces? Este final no parece una buena nueva que pueda aceptar el espíritu del creyente sin desconcertarse profundamente. Pero debemos leer en ese final un artificio literario que permite mostrar cómo las mujeres se encuentran ante el misterio insondable de Dios y de la muerte, y, además, cómo el mismo lector es confrontado con el misterio. El elemento que determina la unidad del relato son las mujeres.

No encontramos ninguna descripción de Jesús resucitado subiendo al cielo. Es una ausencia muy significativa, pues mantiene en el secreto el momento en que Dios resucitó a su Hijo. No hubo testigo alguno. El acto divino queda oculto para siempre.

... *a Galilea; allí le veréis*: Marcos no parece apuntar a una aparición concreta; más bien, pretende orientar al lector hacia un futuro cuya única determinación es el encuentro con Cristo. Parece interesado en sustraer a los creyentes de

la vigilancia de Jerusalén. Los relatos de aparición habían sido localizados seguramente en Jerusalén.

Si la piedra parecía desempeñar un papel epifánico en la tradición más antigua que simbolizaba la victoria de Dios sobre la muerte, en Marcos parece tener un valor exclusivamente psicológico.

En este evangelio, los relatos de apariciones no tienen el carácter absoluto que se tiende a atribuirles. Parece que Marcos ha juzgado poder eximirse de reproducirlas. Prefiere dejar al lector en compañía de unas mujeres que se aferran a la presencia terrestre de Jesús, y, sin buscarlo, se encuentran con el misterio pascual sin que estén preparadas todavía a acogerlo. Pero el misterio ya está proclamado.

El sepulcro saca a todos hacia fuera. Simboliza todo lo que queda de la vida del Jesús terrestre. En el vacío de esa ausencia sólo se oye la palabra de Dios.

Explicación del enigma del fracaso

La explicación del enigma del fracaso de las mujeres en 16,8 está en el deseo de Marcos de instruir a sus lectores/oyentes que el encuentro entre Jesús resucitado y los discípulos fallidos no tuvo lugar por el éxito de las mujeres. Como los discípulos fallaron (14,50-52), también las mujeres fallaron (16,8). Al final, *todos los seres humanos fallan*, pero Dios triunfa. Dios ha levantado a Jesús de entre los muertos (16,6); el Padre no abandona al Hijo (15,34). El mismo Dios levantará también a los discípulos, hombres y mujeres, de su fracaso. La promesa del prólogo del Evangelio (1,1-13) es cumplida en la acción de Dios descrita en el epílogo (16,1-8) y experimentada por los lectores creyentes de la historia marcana.

Marcos cree y desea comunicar que las voces cristológicas del prólogo (1,1-13) han sido reivindicadas por la his-

toria de Jesús sufriente y crucificado, especialmente por medio de la proclamación pascual del epílogo (16,1-8). Lo que Jesús prometió (14,28; 16,7), sucedió para la comunidad marcana y continúa sucediendo entre generaciones de frágiles seguidores de Jesús. Y ya que como cristianos frágiles continúan fallando y huyendo atemorizados, se les ha comunicado que la acción de Dios en y a través de Jesús resucitado vence todo fracaso. Así, la conclusión del EvMc⁵ no es un mensaje de fracaso, sino una afirmación que resuena del proyecto de Dios de superar toda falla humana imaginable en y a través de la acción de Hijo amado de Dios.

El texto añadido, admitido en el Canon, de 16,9-20, resuelve el final enigmático de Mc 16,1-8, continúa algunos de los temas centrales del Evangelio, especialmente los de discípulos, fracaso y misión; y, finalmente, habla a la Iglesia misionera del segundo siglo, cada vez más comprometida con la misión entre los gentiles. El silencio enigmático de las mujeres es reemplazado por las apariciones a María Magdalena, a los dos discípulos y luego a los Once.

⁵ Evangelio de Marcos.

EL MENSAJE PASCUAL DE MATEO (27,62-28,20)

Mateo sigue su propio camino y pone sus propios problemas. Tiene dos elementos que lo señalan de los otros evangelios: un par de temblores de tierra y una guardia de soldados que son sobornados para decir fábulas. En medio de todo esto tenemos una historia del hallazgo de la tumba vacía, muy parecido al de Marcos, aunque con diferencias significativas. Su relato concluye con un encargo final en una montaña de Galilea.

Mateo es el único evangelista que, en su narración de la crucifixión de Jesús, incluye el relato extraordinario de un temblor de tierra y lo que parece un resurgir de los muertos.

La otra historia que aparece en el evangelio de Mateo desde la narración de la crucifixión hasta el relato pascual incluye a los jefes de los sacerdotes, junto con los fariseos, para ir a Pilato y solicitar una guardia para la tumba de Jesús. El interés de este episodio es considerable no sólo por sí mismo, sino porque nos habla acerca de la historia que cuenta los motivos de la Iglesia primitiva.

Su relato progresa y es ampliado en una historia ininterrumpida: las mujeres dan la noticia a los discípulos y el Resucitado se aparece a los Once en Galilea. Lo que pretende Mateo es mostrar que, más que el simple término de una historia, se trata de su epílogo, que hace juego con el prólogo (los dos primeros capítulos del evangelio). El ángel del Señor se aparece: probablemente es el mismo Señor el que

“se aparece”; fenómenos extraños tienen lugar de noche en sueños o mediante locuciones celestes: el cielo se comunica con la tierra. El epílogo condensa y abre los datos anteriores (por ejemplo, Galilea, donde se había refugiado el niño Jesús). En el epílogo, Dios triunfa sobre el plan de los judíos de encerrar a Jesús para siempre en las tinieblas del *Sheol*.

Los soldados no son testigos de la resurrección de Jesús, sino simples espectadores neutros e impotentes. Las mujeres no fueron a ungir el cuerpo de Jesús, ni explícitamente a hacer lamentaciones, sino a ver el sepulcro. La escena final da el tono al conjunto de la secuencia pascual, pero también al evangelio entero. Se indican dos medios para la difusión del evangelio: el bautismo y la enseñanza. La misión de Jesús concierne a todas las naciones. Lo que es nuevo respecto a las otras tradiciones es la promesa hecha por el Señor Jesús: *Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 29,29). Jesús no se despide de sus discípulos, no “sube” al cielo ni les envía el Espíritu, sino que se queda con ellos, y ésta es la aportación original.

Como a lo largo de la historia de la pasión, Mateo se apoya en el EvMc como su mayor fuente, y aporta el único intento en el NT de ofrecer una descripción de los hechos que rodearon la resurrección de Jesús.

En cuanto toca a Jesús, la Ley y los Profetas son llevados a plenitud. Así, como Señor resucitado, a quien toda autoridad en la tierra y en los cielos ha sido dada, puede enviar a sus discípulos a todas las naciones, enseñándoles lo que él les enseñó a ellos (28,16-20). La muerte y resurrección de Jesús anticipan el fin del tiempo y abren una nueva era en la vida de la comunidad cristiana, pero la expectativa judía del “Día del Señor” final es todavía una parte importante de la agenda histórica y teológica de Mateo.

EL MENSAJE PASCUAL DE LUCAS (24,1-53)

Lucas 24 es una de las dos descripciones lucanas sobre el Jesús resucitado, la otra es la de Hechos. Se trata de una pequeña joya diseñada para ser la escena de clausura de una obra de arte de gran escala. Desde la tradición, podemos concluir que el autor del tercer evangelio es un pintor cuya habilidad en las pinturas habladas es patente, como ninguna en el NT, y que su capítulo sobre la resurrección despliega en total medida.

El tercer evangelio presenta la resurrección de Jesús como una sorpresa a las mujeres (24.1-8), a los Once (24.9-11), a Pedro (24.12), a los dos en el camino (24.13-35), y de nuevo a los discípulos en el cuarto de arriba (24.37, 41).

Lucas es, además de evangelista, un compositor. Para él, la iglesia no queda constituida el día de la Pascua. Es una comunidad en espera de lo que va a suceder en el día de Pentecostés. Lucas tiene predilección por el término “vivo”: *¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?* (24,5).

Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos el tercer día y se predicara... (24,44-47): La revelación alcanza aquí el punto cumbre; eso es lo que confirma la presencia de la palabra “Cristo” (24,26.46) que reemplaza a la del Hijo del hombre, utilizada en todos los anuncios evangélicos de Lucas, hasta 24,7, fuera del relato de la infancia (2,11.26). La tradición muestra que el hecho del sepulcro vacío es radicalmente insuficiente para suscitar la fe. Lucas

explicita en qué consiste *la palabra de Jesús, la única que funda la fe.*

La aparición a los que iban a Emaús

Con un arte maravilloso, Lucas ha sabido presentar el nacimiento de la fe en el corazón de los discípulos. Pasa de la descripción de una fe colectiva a la de una experiencia personal del creyente. De una manera delicada, presenta el tema teológico del proceso de la fe. No nos comunica una pura transmisión de datos históricos, sino una interpretación de esta historia.

Para superar los obstáculos que impiden que los ojos vean claro, es preciso escuchar las Escrituras interpretadas en y por Cristo. El reconocimiento no se hace sino durante la fracción del pan. *Sólo el encuentro personal con el Resucitado puede producir la fe.*

La aparición a los Once (24,36-53)

La atención del lector es llevada a centrarse en el reconocimiento de Jesús, a quien los discípulos conocían ya antes. Lucas tiende a hacer más expresivas las escenas y en esto le ayuda su fina psicología. Se interesa en describir el miedo o la alegría de los discípulos, acostumbra “materializar” los relatos en su evangelio. Por ejemplo, el Espíritu desciende en forma corporal. Con la expresión “un espíritu no tiene carne ni huesos”, Lucas indica su verdadera intención: la aparición no es una ilusión, Jesús no es un “espíritu” ni un “fantasma”. La representación del relato lucano está en consonancia con el mundo bíblico y se diferencia profundamente de la que se encuentra entre los griegos.

Con la escena de *Jesús comiendo* delante de sus discípulos (en el oriente, el huésped come solo, ante los que lo reci-

ben), pretende mostrar que el Resucitado es un ser corpóreo. Jesús ya no pertenece al mundo de los muertos, sino que participa del banquete celeste. En la tercera parte del relato, Jesús se despide de sus discípulos (24,50-53). Lucas ofrece una “interpretación doxológica de la ascensión”. Al bendecir a sus discípulos, Cristo subraya la relación con el don futuro del Espíritu e indica que continúa presente entre los suyos. Inicia un nuevo modo de presencia del Señor: el del Espíritu Santo, que se estrena con el testimonio de los discípulos, que empieza en Jerusalén.

El mensaje pascual de Lucas se desarrolla de acuerdo con la triple dimensión que caracteriza las apariciones del Resucitado:

—El mensaje pascual orienta hacia el futuro. La resurrección de Jesús es apertura al testimonio de los discípulos y a la predicación del evangelio.

—Al mismo tiempo, es recuerdo de lo que se dijo en Galilea.

—Este mensaje pascual es contacto con un Viviente, que viene a caminar con nosotros adaptándose a la debilidad de nuestra inteligencia, pronto para compartir la Palabra y el Pan.

A lo largo de su historia de Jesús, Lucas muestra un interés considerable en el alimento y las comidas. La sección de la cena en el relato de la pasión de Lucas es muy diferente del de las narraciones de Marcos y Mateo.

Todos los episodios del reporte de la resurrección están conectados por la insistencia en que todo sucedió en un día. El conjunto del EvLc⁶ está dirigido a este “día”, que es el de la resurrección, y al llegar aquí, sentimos que estamos al fi-

⁶ Evangelio de Lucas.

nal de un largo viaje. Un tema importante de la obra lucana, Evangelio y Hechos, es precisamente el del viaje. La primera parte llega a Jerusalén; la segunda, hasta los confines de la tierra. En Jerusalén termina el viaje de Jesús y comienza el de sus discípulos.

Los “hombres” en el relato lucano de la resurrección (¿ángeles?) indican a las mujeres que hay una base más profunda de la fe pascual que una tumba vacía.

La inolvidable historia de los discípulos que iban a Emaús, que ha servido de inspiración a artistas en lo imaginativo, la poesía y la representación dramática a lo largo de los siglos, retiene el mensaje poderoso que yace en el corazón del EvLc: a pesar de todo el pecado y la fragilidad humana, el Reino de Dios ha quedado definitivamente establecido a través de la muerte y resurrección de Jesús.

Los paralelos entre 24,13-35 (Emaús) y 24,36-52 (Jerusalén) sugieren que las comidas postresurreccionales están construidas cuidadosamente para llevar al clímax las comidas numerosas a lo largo del Evangelio.

EL MENSAJE PASCUAL DE JUAN (20,1-31; 21,1-25)

Para el Cuarto Evangelio, la crucifixión, la resurrección y la ascensión constituyen un único evento; eso tiene sentido a un nivel teológico. Pero puede también diferenciarlos cuidadosamente. El mero hecho de escribir relatos de la resurrección tan sustanciales como éstos, habla por sí mismo cuando se trata de la distinción entre crucifixión y resurrección; y la estructura temática del evangelio como un todo habla acerca de oponerse al colapso de todo simplemente en una muerte que es también un momento de gloria.

El capítulo 20 había sido escrito como un clímax del libro en tanto conjunto. Constituye el marco exterior que embona con el prólogo, y todos los temas principales alcanzan su culminación en él. Y, para nuestra sorpresa, ninguno de ellos, excepto el último, reaparece en el capítulo 21. Queda claro que se trata de un pensamiento posterior.

El capítulo 21 ha sido añadido a un texto ya acabado.

Los lienzos que se quedaron en el sepulcro tienen una función apologetica: con su presencia indican que el cuerpo de Jesús no ha sido sustraído. ¿Cómo unos ladrones se habrían tomado la molestia de despojar el cadáver? Era una forma de descartar la leyenda del rapto del cadáver que había refutado Mt a su manera (28,11-15). ¿Habría el Resucitado arreglado los lienzos antes de salir? Para Juan, es imposi-

ble creer a partir del sepulcro vacío, por más que los lienzos estén colocados de una forma sorprendente.

El discípulo amado es el discípulo que sigue a Jesús y le conoce: *ve y cree*, al llegar al sepulcro; reconoce al Señor en el lago: *Es el Señor* (21,4.7). Juan pone de relieve el hecho de que el amor entraña una singular facultad de intuición. A los ojos del amor, los lienzos doblados y colocados se convierten en ocasión de creer. No se trata de una constatación visual ordinaria, sino de un *ver* que es ya un *comprender* y que por esto es preámbulo de la fe auténtica.

María en el sepulcro

Todavía estaba oscuro: un matiz joánico que puede ser una indicación simbólica destinada a resaltar el esplendor de la resurrección. Y aunque no hay ningún ángel para indicar que Jesús ya no está allí, María lo deduce directamente del hecho de que la piedra ha sido “corrida”. Si la piedra ha sido “quitada” (término que dice María después, con un sentido más profundo), tal vez se quiera decir que ha sido eliminado todo obstáculo ante la vida que triunfa de la muerte. La aparición a María Magdalena tiene afinidad con la que vivieron los discípulos en el camino de Emaús: es una experiencia de reconocimiento que describe el despertar de la fe. El pensamiento de María permanece fijo en el Jesús que había conocido en la tierra: no ha llegado todavía a la fe en el Señor.

Cuando Juan habla de la subida de Jesús al Padre, no está pensando en un evento de carácter “visible”. No se concibe como un acontecimiento, a la manera como Lucas ha querido representar la ascensión. No puede hablarse de ascensión fuera de la “exaltación” que tuvo lugar en la cruz. Juan despliega en el espacio y en el tiempo el misterio que afirma

que es indivisiblemente uno. Para Juan, crucifixión, exaltación, resurrección y retorno al Padre son un único misterio: el de la glorificación del Hijo por su Padre. Por consiguiente, Juan no tiene la intención de enseñar que unos “acontecimientos” habrían seguido a la muerte y resurrección según una secuencia temporal. Se trata de una proyección literaria destinada a mostrar mejor las múltiples facetas del misterio indivisible de la glorificación del Hijo. Si sube al Padre, no es para “preparar un lugar”, sino para coronar la obra que ha iniciado en la tierra. Y permanece junto al Padre donde vive como “intercesor” definitivo (1Jn 1,2).

Jesús y los discípulos reunidos (20,19-29)

Las dos escenas están fechadas y localizadas: el primer día de la semana y al atardecer de ese día. La aparición a Tomás tiene lugar ocho días más tarde. Estas fechas no deben ser tomadas como indicaciones cronológicas estrictas, sino como evocaciones litúrgicas. El primer día de la semana se celebraba la eucaristía. De hecho, sólo se trata de indicar que los discípulos están reunidos en un mismo lugar para expresar el carácter colectivo y eclesial de la aparición.

Si Jesús se presenta allí con las puertas cerradas, no es para mostrar su capacidad de pasar a través de los cuerpos sólidos, sino para hacer comprender que él quiere encontrarse con los discípulos que estaban encerrados por miedo a los judíos. El tema de la “sutileza” del cuerpo de Jesús se puede deducir del texto, pero no es objeto de la enseñanza del evangelista. Tampoco se trata de un deseo de paz, sino de su don, de acuerdo con lo que Jesús había dicho en su discurso de despedida.

De una manera inexplicable, repentinamente, los discípulos alcanzan la plenitud de la fe, sin que ninguna confir-

mación les sea ofrecida, simplemente porque Jesús ha ido a su encuentro y se ha hecho reconocer de ellos como el crucificado exaltado de la tierra que lo atrae todo hacia sí. Jesús no se contenta con prometer, sino que da él mismo el Espíritu, que es el símbolo de su nueva presencia eficaz. Jesús, levantado de la tierra, da simbólicamente este Espíritu de verdad “soplando” sobre los discípulos, recordando así el gesto primordial de la creación del hombre. Para Juan, el Espíritu tiene que ser dado en el mismo día de Pascua con el fin de que la función de Jesús se realice perfectamente.

Juan opera un proceso de simplificación y de reducción. Todo está iluminado por la capacidad de comprensión que posee el amor. Juan personaliza todos los datos de la tradición; funda cualquier visión sobre la palabra que pone en contacto con Jesús. *No hay otra prueba de la resurrección más que la palabra de Cristo.* Incluso *las apariciones* no tienen ya el valor demostrativo que se había tendido a concederles: *ceden el puesto a la sola palabra de Jesús.* Si Jesús muestra sus llagas, no es para probar su corporeidad, sino para manifestar que su pasión está en el origen de la paz que acaba de conceder y del Espíritu que va a comunicar.

En la Cristología Joánica, la cruz es el tiempo y el lugar, la “hora” de la revelación suprema del amor de Dios y el medio por el cual el Hijo es glorificado. Pero no sólo es evento cristológico, sino el momento fundacional de la “nueva familia”, en la que otorga los dones del Espíritu, bautismo y eucaristía, simbolizados por el agua y la sangre que fluyen de su costado perforado. Los primeros cristianos no podían dejar de lado el hecho histórico de que Jesús de Nazaret, a quien veían ahora como su Mesías, y aun como el Hijo de Dios, había sido entregado a la muerte por crucifixión. En Juan, el relato de los eventos de la pasión ha sido

valientemente reimaginado. Jesús se presenta como el amo de la situación. Si la historia de la pasión puede comenzar, es porque Jesús lo permite.

El proceso ante Pilato está en el corazón de la historia de la pasión.

Se ha dicho que, puesto que suceden tantas cosas en el reporte joánico de la pasión, hay poca necesidad de una historia de la resurrección. Jesús ha sido exaltado como rey universal por medio de su “ser levantado”, la comunidad ha sido fundada, las Escrituras se han cumplido cuando Jesús ha terminado su misión y derramado el Espíritu.

Hay dos elementos mayores en los relatos joánicos de la resurrección: las consecuencias del cumplimiento de la “hora” *para Jesús*, y las consecuencias del cumplimiento de su muerte, resurrección y ascensión *para los creyentes de todos los tiempos*. Los discípulos postpascuales encuentran al Señor resucitado no a través de una visión física, ni por tocar su cuerpo terreno, es decir, no en la carne, sino en sus discípulos.

El don del Espíritu, prometido a lo largo del Evangelio, especialmente en los dichos del Espíritu en el discurso de despedida (14,1 a 16,33), no puede ser limitado a 20,22. Tomás hace la mayor confesión de fe de todo el Evangelio: *Señor mío y Dios mío*. Jesús dice sus últimas palabras bendiciendo a las futuras generaciones (v. 29).

Como a lo largo de las narraciones evangélicas de la resurrección, también en Juan la resurrección produce confusión y asombro. A pesar del hecho de que no hay descripción del momento de la resurrección, el EvJn⁷ se une al coro unificado de los testigos del NT: Jesús ha sido levantado de entre los muertos, como prometió. La historia original de

⁷ Evangelio de Juan.

la resurrección en Juan (20,1-31) se cierra demostrando el interés de Jesús por todos los futuros discípulos. Debemos volvernos ahora a las subsiguientes generaciones, en tanto que son los recipientes del mandamiento del amor de Jesús. Ellos también deben amar como él ha amado.

Todos los discípulos subsiguientes tienen que llegar a ser *discípulos amados*, también creyendo sin haber visto, pero *teniendo en las manos la escritura del EvJn*. Es solamente a través de los discípulos que aman que el amor y la vida del crucificado y resucitado Jesucristo será hecha visible, experimentada por aquellos que oyen de Jesús a través de su palabra.

En Jn 21 tiene principio una significativa tradición cristiana. Pedro es el pastor del rebaño nombrado (vv. 15-19), mientras que el Discípulo Amado es el portador de la auténtica tradición de Jesús (v. 24). Ambos son cruciales para la comunidad de discípulos llamados a amar como Jesús amó.

De una manera única, la historia joánica también continúa la tradición de la lucha de la Iglesia primitiva para reconocer y aceptar la acción de Dios en el Jesús resucitado. Juan ha escrito un Evangelio para aquellos que no han visto a Jesús. Ellos tienen la Escritura, que fue escrita para que aquellos que no han visto al Señor puedan creer que Jesús es el Cristo y el Hijo de Dios. La proclamación tradicional de lo que Dios ha hecho por Jesús y lo que Jesús resucitado hace por los creyentes, continúa siendo central en la historia joánica de la resurrección.

ELEMENTOS COMPLEMENTARIOS

Al leer las narraciones evangélicas atentamente es explicable que surjan preguntas: ¿dónde tuvieron lugar las apariciones, en Galilea o en Jerusalén? ¿Cuánto tiempo duraron? ¿Quiénes fueron los primeros testigos? Para encontrar las respuestas, debemos tener en cuenta lo fundamental: el carácter de los textos.

Algunas dificultades: ninguna de las narraciones está hecha por sus protagonistas, sino por cristianos de la segunda y tercera generación; todas fueron escritas fuera de Israel, lejos de los hechos y sin contacto entre sí (o con pocas posibilidades de tales contactos). Su interés no es el que consideramos “histórico” (crónicas que reflejan una descripción fiel de los hechos), y, tal vez con cierta decepción, descubrimos que no es lo que tanto hemos buscado. Se trata de *testimonios de fe* que procuran suscitarla y fortalecerla en otros, y se apoyan en la cultura y en los recursos expresivos de su tiempo. No es difícil descubrir en ellos el sello de la predicación o de la catequesis, y a veces inclusive de la apologética (por ejemplo, el episodio de los guardias del sepulcro).

Si queremos descubrir la fuerza, la verdad y la belleza de las narraciones, tenemos que atender al género literario y a la intención real de los textos. *Son testimonios genuinos de una convicción de fe*. Lo *fundamental* de lo que tratan de transmitir es que, a pesar de su muerte terrible, Jesús de Nazaret no fue aniquilado, sino que, de una manera nueva y misteriosa,

sigue vivo, plenamente glorioso y presente, acompañando a los suyos. Lo que él ha vivido constituye una esperanza para todos nosotros.

De tal manera estaba presente en los judíos del tiempo de Jesús la creencia en la resurrección, que formaba parte de su oración diaria: “Bendito eres, Señor, que haces vivir a los muertos”. La novedad que marcó la diferencia y abrió una nueva etapa fue que la resurrección de Jesús se proclamaba como algo ya acontecido, sin esperar al final de los tiempos. Nunca antes se había anunciado de nadie que hubiese muerto que estuviese actualmente vivo, glorificado en Dios y presente en la historia.

No era algo desconocido en Israel aceptar que algunos muertos estaban ya vivos en Dios. Esta mentalidad aparece, por ejemplo, en los evangelios: *Dios de Abraham, de Isaac y Jacob* (Mc 12, 26). Y su máxima manifestación, en el caso de Juan Bautista: ... *es el mismo Juan Bautista resucitado de entre los muertos* (Mc 6,14-16).

Las narraciones en conjunto

La principal conclusión que emerge de estos cuatro estudios de los evangelios canónicos es que cada uno de ellos, en sus diferentes formas, creyó que lo que él escribió acerca de los eventos realmente sucedió.

Pero las historias que ellos contaron y la forma en que las organizaron (cada uno de modo diferente, aunque fueran respecto a lo mismo) como la deliberada presentación y redacción de todos los relatos indica que, tanto por razones de gramática narrativa como por la teología que ellos intentaban transmitir a sus lectores, el sentido de que los eventos pascales —reales, históricos, no fantasía— se encontraba tanto en el hecho como en el significado.

LA RESURRECCIÓN EN LA COMPRENSIÓN ACTUAL

La idea que se ha conservado, ordinariamente, de la revelación es la de una manifestación extraordinaria y milagrosa de Dios a algún intermediario para darle a conocer algo o bien mediante un “dictado” interior o por medio de “apariciones” o prodigios que muestran su voluntad. De ese modo se le revelan verdades inaccesibles a la razón humana, que los demás se ven obligados a creer porque el inspirado sostiene “que Dios le habló”. Los demás no tienen ningún acceso directo a su verdad ni pueden verificarla por sí mismos. Se trata de una concepción *extrinsecista* (la revelación llega totalmente de fuera), y *autoritaria*, puesto que hay que creerla fiándose únicamente del revelador.

Pero las cosas no han sido tan simples. Tendríamos que atribuir a Dios el haber “dictado” órdenes tan monstruosas como la de exterminar poblaciones enteras mediante el *herem* o anatema, o haber dictado numerosos “errores” de tipo histórico, astronómico o incluso moral. Tenemos que darnos cuenta de que así como Dios actúa en el mundo a través de las leyes físicas, también lo hace en la revelación a través de las leyes del psiquismo humano.⁸

⁸ Para completar este punto se puede consultar A. Torres Queiruga, *La resurrección: experiencia e interpretación actual*, Universidad Iberoamericana, Puebla, México, 2005, pp. 40-42.

Es difícil aceptar que en un momento dado Dios “entre” en el mundo para revelar algo mediante una intervención extraordinaria. Él está siempre presente y activo en el mundo, en la historia y en la vida de cada uno, dando a conocer su presencia y ayudando para que logremos interpretarla correctamente. Aunque lo repita cierta retórica teológica, Él no se “calla” o se “oculta”; más bien somos nosotros los que, por nuestra ignorancia, nuestra ceguera o incluso nuestra culpa, no logramos descubrirlo o interpretamos mal el sentido de su presencia. El sol puede brillar siempre, pero ¿de qué serviría, si no dejamos llegar su luz a nosotros? Y podemos expresar como Jacob: *¡El Señor estaba ahí, y yo no lo sabía!* (Gén 28,16).

Las “apariciones”

Las apariciones no son simples encuentros, sino el prototipo de las ulteriores relaciones del Resucitado con los creyentes. Entre los testimonios literarios de las apariciones del Resucitado, podemos distinguir la lista de 1Cor 15, los tres sumarios de los Hechos de los Apóstoles (2,42-47; 4,32-35; 5,12-16), y los relatos evangélicos. Los sumarios desbordan de teología lucana.

Los evangelios conservan cinco apariciones oficiales: las que afectan a los discípulos reunidos: En Galilea según Mt (y según el anuncio de Mc), en el lago de Tiberíades según Jn 21; en Jerusalén según Lc (y fMc⁹). Tres relatos de apariciones privadas, que se refieren a personas individuales: a las santas mujeres (Mt) o a María Magdalena (Jn, fMc) y los discípulos de Emaús (Lc, fMc). Tres son los que más se dis-

⁹ Final del Evangelio de Marcos.

tinguen: los que coronan los evangelios de Mt, Lc y Jn (Mc no tiene ninguna aparición).

Para ayudar al creyente a entender el relato joánico de la aparición a orillas del lago se puede servir de una lectura eucarística, y, por eso, lo puede iluminar el episodio de la multiplicación de los panes y el discurso sobre el pan de vida. Muy probablemente la liturgia eucarística fue la ocasión del encuentro del Resucitado con los discípulos.

Todos los evangelistas ven la aparición del Resucitado como el coronamiento de la existencia y de la obra de Jesús.

El *esquema imaginativo* de la resurrección podía funcionar con naturalidad en la cultura de aquel tiempo, abierta a las manifestaciones extraordinarias de lo sobrenatural, como una especie de vuelta a la vida con un cuerpo transformado, pero todavía con rasgos de realismo físico.

La fe en la resurrección rompe todo esquema imaginativo que la asocie con una presencia demostrable empíricamente. Es obvio que el Resucitado está por encima de las leyes del espacio y el tiempo físicos, y no puede ser aprehendido como las demás realidades mundanas. Si el Resucitado fuese tangible o físicamente visible o pudiese comer, estaría *necesariamente* limitado por las leyes del espacio, es decir, *no estaría resucitado*.

La fe en la presencia real de Cristo Resucitado, ya sea en la oración o en el ejercicio del amor o la justicia, no sólo no implica, sino que excluye la idea de poder verlo o tocarlo. ¿Y si alguien afirma haber visto al Niño Jesús? Imposible, puesto que el “Niño Jesús” no existe. Se trata de experiencias psíquicas, de visualizaciones o imaginaciones de convicciones íntimas. Dada la situación cultural, hoy sólo es posible mantener una fe responsable si retomamos con seriedad el viejo consejo de san Pedro de estar “siempre

dispuestos a dar respuesta a todo el que nos pida razón de nuestra esperanza” (1Pe 3,15).

De acuerdo a la crítica bíblica, ya no es posible una lectura literal: el cambio cultural nos llama a ir más allá de la “letra” para llegar a su “espíritu”. Por eso, respecto de las apariciones, no puede tratarse de experiencias físicas del Resucitado *en sí mismo*. Su ser está fuera del alcance de los sentidos, que sólo pueden ser afectados por influjos mundanos.

Si el Resucitado estaba fuera del alcance de los sentidos, los discípulos no lo vieron con sus ojos ni lo palparon con sus manos, porque eso era imposible. En cambio, vivieron una nueva experiencia viva, aunque no empírica, de Cristo. Y descubrieron más plenamente a Dios como el-que-resucitó-a-Jesús.

Las narraciones neotestamentarias dan por supuesta la desaparición del cadáver, pues desde la visión de la antropología unitaria, que era normal para la mentalidad bíblica, sólo así resultaba pensable la resurrección. Sobre la expresión “el tercer día”: la exégesis ha ido marginando cada vez más su significado cronológico, para centrarse en el teológico (acción exclusiva de Dios a favor de los justos en una encrucijada histórica) y antropológico (que estaba verdaderamente muerto después de ese lapso de tiempo).

En la visión joánica, la resurrección acontece en la misma cruz, donde Cristo “consume” su vida y su obra (Jn 19,39). El Cuarto Evangelio lo sugiere con el tema de la “exaltación”, que, al conjugar el significado espacial de “elevación física” sobre la cruz con el teológico y trascendente de “exaltación” o “glorificación”, puede hacer ver que *la muerte y la resurrección coinciden*; a pesar de que aquel cadáver que, a partir de la hora sexta en el día de la preparación de la

Pascua, cuelga de un madero en el *lugar* del Gólgota, Cristo vive ya glorificado “a la derecha del Padre”.

La resurrección no es una “segunda” vida ni una simple prolongación de la presente (lo cual sería un verdadero horror). Se trata del florecimiento pleno de *esta* vida, gracias al amor poderoso de Dios. La esperanza en la resurrección no significa escaparse al más allá, sino una radical remisión al más acá, al cultivo de la vida y al compromiso del trabajo en la historia.

El motivo principal por el que se escribieron los evangelios, muy probablemente, fue recordar que el Resucitado es el Crucificado, que su resurrección se gestó en su vida de amor, fidelidad y entrega. Ahí encontramos precisamente la referencia prioritaria para la vida humana, porque la resurrección, al iluminar la vida de Jesús, revela también la nuestra. La resurrección de Jesús anuncia el futuro de lo que seremos si tomamos en serio nuestro *presente*: anuncia la realización trascendente para que la hagamos posible y la iniciemos en el trabajo humilde de la historia inmanente.

Aquí se encuentra la fuerza de la llamada de Jesús al *seguimiento*: el camino de su vida es el único verdadero, que no desvía de la meta, que lleva por la vía recta hacia la vida en plenitud. Viviendo como él, resucitaremos como él: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6).

“Dios de vivos, no Dios de muertos”

La resurrección de Jesús nos ayuda a entender que Dios es Dios de vivos y no de muertos, que no permite que la muerte nos aniquile. Con toda razón es llamado “el primogénito de los muertos” (Ap 1,5), no en el mero sentido cronológico, sino en el de ejemplaridad y fundamentación. San Pablo lo

ilumina con el texto paralelo: “el primogénito de toda creatura” (Col 1,15).

En la memoria de los difuntos se les considera como presentes en su *integridad personal*, no como “almas” que esperan a recuperar más tarde su cuerpo.

Jesús “el primogénito de los difuntos”

Jesús, el Cristo, cumple la perfecta definición cristiana de un difunto: alguien que ha muerto biológicamente pero que en la identidad radical de su ser vive plenamente en Dios. Pero tampoco puede reducirse al mero recuerdo de un personaje histórico, ni a verlo como una figura imaginaria. La resurrección dice que Cristo está vivo *hoy* y que por tanto la suya es una presencia *real* con la que sólo tiene sentido una relación *actual*. No lo vemos, pero él nos ve; no lo tocamos, pero lo sabemos presente, afectando nuestras vidas y afectado por ellas. El recuerdo puede ayudar como mediación imaginativa para la presencia. No es una relación fácil, porque rompe los esquemas ordinarios de las relaciones humanas; pero es viva y eficaz

Acercamientos a una comprensión de la resurrección

Un detalle de los relatos evangélicos es que ningún texto está solo: siempre tiene palabras y hechos que lo preceden, y generalmente (salvo el caso de relatos de la resurrección), palabras y hechos que lo siguen. El relato de la pasión de Marcos es una historia única sobre la pasión y muerte de Jesús que enigmáticamente lleva a la clausura de la “buena nueva” del Evangelio acerca de lo que Dios ha hecho por nosotros en y a través de Jesús.

Sobre el temor de las mujeres, al terminar el relato de Mc el evangelista indica que, al final, las mujeres que siguie-

ron a Jesús a través de la experiencia de la cruz a la tumba se unen a los otros discípulos en el temor y huyen de su derrota (14,50-52). El final del Evangelio debe ser entendido a la luz del relato como un conjunto, y especialmente como un regreso al prólogo (Mc 1,1-13). A la luz de la información ofrecida en 1,1-13, al lector cristiano se le pide revalorar el proyecto de Dios, diseñado en 1,1-13, al llegar a la conclusión de la historia de Jesús en 16,1-8. Si 1,1-13 sirvió como prólogo al EvMc, y 16,1-8 como epílogo. La acción y el proyecto de Dios están de nuevo en el centro de la acción.

HERMENÉUTICA

Para comunicar el mensaje de la resurrección debemos primero aclarar cómo lo entendemos e interpretamos, dada la diversidad de grupos y opiniones en la comunidad eclesial actual. Seguimos encontrando piadosos, incrédulos, fundamentalistas, apologetas, radicales... Actualmente, muchos “indiferentes”.

La resurrección es un hecho real, pero no un hecho histórico. Es un acontecimiento *transhistórico*.

El Resucitado se sustrae a las condiciones normales de la vida terrestre; aparece y desaparece a su gusto, como Dios en las teofanías del AT. Por otra parte, no es un fantasma. Su cuerpo resucitado es un cuerpo transformado por el Espíritu. El Resucitado es un cuerpo espiritual. El acontecimiento definitivo no es la resurrección como tal, sino la fe apostólica en Dios que resucitó a Jesús de la muerte. Para los discípulos, fue en su propia historia donde experimentaron al Resucitado.

La experiencia espiritual de los discípulos, que no es puramente subjetiva, sino repetida, espiritual, compartida por ellos, fue comunicada por mediación del lenguaje ambiente y de la tradición religiosa, en particular con ayuda de su fe en la resurrección colectiva al fin de los tiempos.

Para Lucas, Cristo “vive”. Puesto que él se encuentra en el ambiente popular griego, para sus lectores provenientes

de ese mundo hablar de “resurrección” era más difícil de aceptar que hablar de “vida”.

Para Pablo, *Cristo vive en mí*. El binomio muerte/resurrección es sustituido por el binomio muerte/vida, más adaptado a la situación del creyente. ... *que nosotros podamos vivir una novedad de vida* (Rom 6,4).

Juan: “verán al que traspasaron”. Para este autor, la resurrección no es simplemente lo que da sentido a la humillación postrera, sino que ya está presente en el punto más bajo de la curva descendente: la cruz es el comienzo de la glorificación: en esta “hora” Jesús es exaltado, “elevado”. La exaltación sucede en el mismo momento de la muerte. La fe consiste no en mirar al Resucitado, sino en contemplar a Cristo elevado en la cruz. Interpretar no es un lujo: es un deber que todavía hoy nos incumbe.

El término de la vida de Jesús pertenece todavía a la historia y constituye el umbral de la metahistoria. No se encuentra a Cristo como se encuentra a una persona en la calle, sino más bien como se vive la experiencia del amor entre dos seres. Así alcanzamos la concepción semítica de la verdad, que es a la vez diálogo y experiencia. La distinción que abre un abismo entre los discípulos y el mundo en el sentido joánico es la presencia o la ausencia del amor, fundamento de toda relación auténtica entre el Señor y los suyos hasta la plenitud de los tiempos.

Las apariciones pascuales se convierten para los futuros creyentes en manifestaciones auténticas del Cristo viviente, del Señor elevado a la gloria. Yo no entro en contacto con un ser glorioso que habría hecho desaparecer las huellas de su crucifixión, sino con aquel cuyas llagas son todavía visibles y gloriosas.

Para ser fieles al NT conviene hablar siempre de *resu-*

rrección corporal. El Resucitado es el mismo Jesús de Nazaret, pero un Jesús plenamente realizado en la gloria. Lejos de querer reducir la resurrección a la reanimación del cadáver, conviene afirmar que el cuerpo histórico entero, incluyendo el cadáver, se transforma en el seno del universo, el cual, según la fe cristiana, es transformado en Cristo. No se trata de una disolución de la personalidad en un mundo indiferenciado. El cadáver forma parte de este cuerpo histórico y, como tal, fue asumido por Cristo glorioso. El modo preciso cómo lo recuperó escapa a nuestro entendimiento por razón del misterio que fundamenta esta misma recuperación y que es puro objeto de fe. El cuerpo puesto en el sepulcro no vuelve simplemente al universo al que pertenece, sino que es asumido plenamente por Cristo vivo que transforma el universo integrándolo en él.¹⁰

La resurrección es un objeto de fe y no de ciencia. Numerosos contemporáneos se preocupan por saber en qué se ha convertido el cadáver de Jesús, cuando para los discípulos no existía tal problema: se podía concebir que hubiera sido trasladado y glorificado en otro lugar.

El cuerpo de Jesucristo es el universo asumido y transfigurado en él. Según la expresión de Pablo, Cristo en adelante se expresa por su cuerpo eclesial. El cuerpo de Jesucristo no puede ser limitado a su cuerpo “individual”. Como en los poemas de Isaías, el siervo de Yahvé evoca simultáneamente una persona y una colectividad, así también Jesucristo es a la vez persona que asume el universo, y universo personalizado en él.

¹⁰ Para completar este punto se puede consultar la obra de X. Léon-Dufour, *Resurrección de Jesús y Mensaje Pascual*, Sígueme, Salamanca, 1985, pp. 317-320.

Si quiero escuchar y encontrar a Jesucristo, lo encuentro en la Palabra y en el Pan. Es vano buscar “pruebas” de la resurrección o servirse del hecho del sepulcro vacío para demostrarla. No se debe ya ver en la resurrección un “milagro”, ni leer ingenuamente los relatos evangélicos como “biografías” del Resucitado. Hay que evitar el representarse las apariciones en forma “maravillosa”. Finalmente, ya no se debería hablar de la resurrección de Jesús como de un “problema” que debe ser resuelto.

En occidente, desde hace tiempo hemos estado condicionados por la mentalidad griega y razonamos con frecuencia como si la “serie” de esquemas mentales en la que nos encontramos insertos fuera la única existente. La antropología bíblica apenas se comprende con el dualismo alma/cuerpo, al que estamos habituados. ¿Cómo transmitir a otros la experiencia percibida en el fondo del ser? La comunicación del mensaje pascual depende de dos factores: los resultados de la exégesis y la disposición del interlocutor. El cristiano de hoy no espera que se le ponga al corriente de los sutiles trabajos de la exégesis o de sus resultados respecto a los hechos, sino del sentido de los textos. Nuestros contemporáneos han escuchado una mala apologética que tiende a demostrar la resurrección de Jesús a partir del sepulcro vacío y de las apariciones.

Así, la resurrección ha sido identificada con una simple reanimación del cadáver. El cielo se concibe como un lugar y los textos que hablan de subida al cielo se toman al pie de la letra, así como los cuarenta días de la ascensión. Hay que *traducir* el mensaje evangélico en lenguaje contemporáneo. Uno de los medios privilegiados es la revalorización de la dimensión simbólica de los textos.

REFLEXIONES HISTÓRICAS Y TEOLÓGICAS SOBRE LA RESURRECCIÓN

Nosotros somos esencialmente un pueblo de la historia, fuertemente determinados por la razón. Las auténticas relaciones humanas solamente existen cuando sometemos la necesidad de conocer y controlar todo, cuando vivimos con el misterio de la otra persona. ¿Acaso tenemos pruebas objetivas para la calidad del arte, la literatura, la música? Hay elementos en la tradición cristiana que desafían una aplicación rígida de la razón y una búsqueda de hechos que puedan establecer su veracidad científicamente controlada. De ellas quizá las de mayor confrontación sean las historias evangélicas de la concepción virginal y la resurrección corporal de Jesús.

Las palabras que Pablo escribió a los Corintios alrededor del año 54 continúan siendo verdaderas a lo largo de casi dos mil años: *Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo andan diciendo algunos entre ustedes que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también su fe...* (1Cor 15,12-20).

Desde el principio, los reportes de la resurrección fueron parte de la “proclamación” de la Iglesia. Nunca fueron un intento de fundar la Iglesia sobre hechos histórica y científicamente controlados. Estas cuestiones pertenecen a nuestra era. Con base en la experiencia humana, indes-

criptible, del encuentro entre los primeros testigos y Jesús resucitado, nació la fe en la resurrección.

Los relatos joánicos de la resurrección continúan la insistencia en la presencia física de Jesús. La Iglesia primitiva tuvo que afrontar el hecho histórico de que Jesús de Nazaret, crucificado y resucitado, no estaba ya con sus seguidores. Para el EvJn, la partida de Jesús es tema central a lo largo del discurso final a sus discípulos la noche antes de morir.

La asociación del don del Espíritu con el Jesús resucitado (Juan) y con el Jesús resucitado y a punto de partir (Juan y Lucas) lleva a la clausura de la necesidad de la permanencia de Jesús con su joven comunidad. Él estará con ellos siempre en el don de su Espíritu; su Dios y Padre (de Jesús) es su Dios y su Padre (de los discípulos).

Cuando los antiguos judíos, paganos y cristianos, usaban la palabra “dormir” para denotar la muerte, estaban usando una metáfora para referirse a una situación concreta. Nosotros usamos el mismo lenguaje al revés: uno que duerme profundamente está “muerto al mundo”. A veces, como en Ez 37, los escritores judíos usaban el lenguaje de la “resurrección” como una metáfora para eventos políticos concretos, en ese caso, el regreso de los judíos del exilio en Babilonia.

La historia de Pascua ha sido demolida y reconstruida una vez tras otra a lo largo de los siglos. Los relatos que subsisten en los evangelios son tan enigmáticos para el lector como el edificio para el visitante. ¿Cómo pueden ellos embonar, si acaso? ¿Qué pasó precisamente? ¿Qué escuela de pensamiento hoy, si hay alguna, está diciendo la historia verdadera?

Muchos se han desesperado al descubrir lo inseguro

que resulta la afirmación de que sucedió “al tercer día” después de la crucifixión de Jesús. Con todo, a pesar de la perplejidad y escepticismo, billones de cristianos alrededor del mundo repiten regularmente la confesión original de la fe pascual: al tercer día después de su ejecución, Jesús se levantó de nuevo. Entonces, ¿qué sucedió en la mañana de Pascua?

Las “apariciones” de Jesús, como pudieron haber sucedido, son mejor entendidas en los términos de la experiencia de conversión de Pablo, que es mejor comprendida como una experiencia “religiosa”, interna al sujeto, más que envolvente de la visión de una realidad externa, y que los primeros cristianos sobrellevaron algún tipo de fantasía o alucinación.

Resurrección e historia

Se da la historia como evento. Si decimos que algo es “histórico” en este sentido, ello sucedió, independientemente de que podamos conocer o no, o que podamos probar que eso sucedió.

Y hay además otro aspecto de la historia como evento significativo. No todos los eventos son significativos; la historia, como se asume con frecuencia, consiste en los que sí son. Rudolf Bultmann usó el adjetivo *geschichtlich* para transmitir este sentido frente al famoso *historisch* (lo que sucedió y es comprobable empíricamente).

Al final, nos quedamos con la conclusión positiva: el historiador debe preguntarse por qué comenzó el cristianismo y por qué tomó tal forma. Puesto que el cristiano primitivo universal responde a esa pregunta que tiene que ver con Jesús y la resurrección, el historiador es forzado a más preguntas. Debemos enfrentarnos no sólo con res-

puestas a preguntas explícitas, sino con la praxis, el símbolo¹¹ y la historia.¹²

Teniendo en cuenta que los evangelios canónicos sin duda reflejan las creencias y esperanzas de los primeros cristianos, nos encontramos con la sorpresa de que es poco lo que tienen que decir acerca del tópico de la resurrección. Desde luego, todos terminan con historias de la tumba vacía de Jesús, y en todos, excepto en Marcos, encontramos historias de su aparición, vivo, a sus seguidores. Pero no encontramos tratamientos más extensos sobre la resurrección en las historias que tratan de la carrera pública de Jesús, el que la iglesia primitiva creyó que había sido resucitado de entre los muertos.

Si separamos las narraciones pascuales de los cuatro evangelios, sobre el tema de la resurrección encontramos una amplia variedad de pistas e indicaciones dispersas en las formas posibles de análisis de las tradiciones primitivas que hablan de resurrección.

El Nuevo Testamento habla no con una única voz, ciertamente, sino con un claustro de voces que cantan en armonía. Todos los libros, con la única excepción de Hebreos, hacen de la resurrección un tópico central e importante, y la colocan dentro de un cuadro del pensamiento judío acerca del Dios único como creador y juez. Esta fe en la resurrección se coloca firmemente frente al mundo entero del paganismo, por una parte, y, por otra, sitúa la resurrección de Jesús como una modificación dramática dentro del judaísmo.

¹¹ Fenómenos culturales, incluso objetos e instituciones, en los cuales, no menos que por asociación con la praxis y la historia, la visión del mundo llega a la expresión visible y tangible.

¹² Los relatos, grandes y pequeños, ya sea que se entiendan como factibles o ficticios, que codifican la visión del mundo.

TEMAS GENERALES

EN LAS NARRACIONES PASCUALES

Los relatos de la resurrección en los evangelios se cuentan entre las más extrañas historias que se hayan escrito. En un nivel, son simples, breves y claras; en otros, complejas y sorprendentes. El estudio atento de ellas conlleva todos los problemas del estudio del resto de las narraciones evangélicas, con algunas complicaciones añadidas todavía.

Estos relatos fueron contados al principio, transmitidos por tradición oral y, finalmente, escritos en el desarrollo interno de aquella iglesia naciente. Es importante acercarse a ellos habiendo adquirido un entendimiento tan claro como sea posible de lo que la iglesia primitiva parece haber creído acerca de la resurrección en general y de la de Jesús en particular.

Nuestros antepasados en la fe proclamaron una resurrección corporal, obviamente, como ellos la entendían: no pensaron que el cuerpo de Jesús sufriera la corrupción en la tumba. Sin embargo, el cuerpo resucitado de Jesús ya no era un cuerpo como los cuerpos que conocemos, atado por las dimensiones de espacio y tiempo.

La convicción de que la resurrección fue corporal en el sentido de que el cuerpo de Jesús no se corrompió en una tumba tiene implicaciones teológicas importantes. La resurrección de Jesús era recordada en la Iglesia porque explicaba lo que Dios ha hecho *por los hombres*. A través de la

resurrección, los hombres llegaron a creer en Dios de una manera nueva; la relación de la humanidad con Dios cambió, con una visión de Dios totalmente nueva. Subrayar la resurrección corporal nos libra de definir la resurrección solamente en términos de lo que Dios ha hecho por los hombres. La resurrección es, ante todo, lo que Dios ha hecho por Jesús. No fue una evolución en la conciencia humana, ni una intuición brillante de los discípulos en el significado de la crucifixión, sino la acción soberana de Dios glorificando a Jesús de Nazaret. Esta acción de Dios por su Hijo abre nuevas posibilidades para sus muchos hijos que han llegado a creer en lo que Él ha hecho.

Fuentes y tradiciones

¿De dónde vinieron estas historias? Los estudios sinópticos, notoriamente, han encontrado difícil alcanzar conclusiones firmes acerca de la interrelación entre los textos a un determinado nivel.

Las historias de la resurrección son difíciles de clasificar por los cánones normales de la crítica de las formas. Son densas y apretadas, y no admiten hipótesis fáciles, con la sola base de la forma, acerca de su uso dentro de la comunidad. La secuencia de apertura en Mateo y Marcos pudo ser leída como una historia de pronunciamiento, con la línea final en la palabra de Jesús (en Mateo) y del ángel (en Marcos) acerca de la ida a Galilea.

La historia del encuentro de Jesús con Tomás, en Juan, alcanza su clímax con la bendición de Jesús a todos aquellos que, a pesar de no haber visto, han creído. Pero sería demasiado audaz sugerir que los relatos se hubieran desarrollado simplemente como un escaparate para estas palabras finales.

Elementos extraños en las narraciones

1. *El silencio de la Biblia*

La primera sorpresa que nos llevamos cuando leemos las historias de la resurrección en los evangelios canónicos es que son contadas sin adornos. Es llamativo porque los evangelistas han narrado sus historias, hasta este punto, con un crescendo de drama firme y de tensión narrativa —la carrera pública de Jesús, su llegada a Jerusalén, la acción en el Templo, los avisos solemnes dados en el Monte de los Olivos, la cena final, el arresto, la sesión de la noche, el juicio ante Pilato, la misma crucifixión— con una persistente construcción de citas de la Escritura, alusión, referencias y ecos.

Aun el relato del entierro tiene fuertes resonancias bíblicas. Después de esto, las narraciones de la resurrección cambian de estilo, aportan un sentimiento desnudo, como el sonido de un único instrumento, con una nueva melodía, después de que la orquesta ha caído en el silencio. Concedido que los evangelistas se sienten libres, como insisten nuestras tradiciones científicas, para desarrollar, extender, explicar, teologizar y, sobre todo, ‘bíblicizar’ sus fuentes, ¿por qué rehúsan hacerlo así aquí, como lo hacen en todos los lugares?

La segunda razón de por qué es notable esta falta de adorno bíblico es que, como se ve en 1Cor 15,4 y a lo largo de la subsiguiente tradición de Pablo a Tertuliano, desde los primeros días de esta tradición, la resurrección de Jesús fue vista como habiendo ocurrido precisamente “de acuerdo a las Escrituras”.

2. *La ausencia de esperanza personal*

La segunda nota de las narraciones de la resurrección que

nos causaría sorpresa tiene que ver con algo que les falta: en ninguna parte mencionan la esperanza futura del cristiano.

3. El retrato de Jesús

Jesús nunca es presentado, en estas historias, como un ser celestial, radiante y brillante. La luz esplendente de la Transfiguración está ausente. Las vistas y encuentros con Jesús no son como las visiones celestiales o las visiones de una figura de luz cegadora o radiación deslumbrante, o revestido de nubes, que se pudiera esperar encontrar en la tradición judía apocalíptica.

4. La presencia de las mujeres

Se han suscitado toda clase de preguntas acerca de qué estaban haciendo las mujeres en la tumba, desde el punto de vista histórico: ¿dónde iban realmente a unguir el cuerpo? ¿Era parte del proceso habitual de lamentación? ¿De qué mujeres estamos hablando, en todo caso? Y desde el punto de vista literario, ¿cuál es el rol de las mujeres en los diferentes relatos? Se ha dicho mucho acerca del rol de María Magdalena en particular. Concedida la muy antigua tradición de 1Cor 15, ¿de dónde vinieron?

No podemos imaginar que fueron insertadas en la tradición después de Pablo. Y tampoco suponemos que hubo un cambio: que si las mujeres fueron aceptadas como miembros de tiempo completo, en un periodo primitivo, después cambiaron las cosas, cuando el dominio masculino se reafirmó.

Los cuatro cuentan una historia: están de acuerdo en que los eventos clave tuvieron lugar en la mañana del primer día de la semana, en el tercer día después de la ejecución de Jesús. Los cuatro están de acuerdo en que María

Magdalena estaba en la tumba; Mateo, Marcos y Lucas están de acuerdo en que otra mujer estaba ahí también, y Marcos y Lucas añaden otras. Todos concuerdan en que la piedra presentaba un problema aparente, que fue resuelto sin que las mujeres tuvieran que hacer algo. Todos están de acuerdo en que un inusual extranjero, un ángel o su equivalente, encontró y habló con las mujeres. Mateo y Juan coinciden en que María Magdalena encontró a Jesús (Mateo tiene a la otra María ahí también). Todos, excepto Marcos, están de acuerdo en que María y las otras mujeres, si son mencionadas, van a anunciar a los discípulos; Lucas y Juan coinciden en que Pedro y el otro discípulo van a la tumba para ver por sí mismos.

CONCLUSIONES

1 . La resurrección de Jesús, con su exaltación y su entrega del Espíritu, constituyó un evento escatológico (el principio del fin de los tiempos). Las categorías de espacio y tiempo de la experiencia humana ordinaria, como “ver” y “hablar”, nos ofrecen un lenguaje que es sólo análogo y aproximado cuando queremos describir lo escatológico. Nadie sabe cuándo tuvo lugar la resurrección, pues los escritores del NT ni siquiera tratan de describirlo.

2. Debemos cuidarnos de no usar la afirmación “la resurrección no fue histórica”, porque sería fácilmente mal interpretada. Ni siquiera hace justicia al misterio de la resurrección, pues a pesar de que Jesús resucitado estaba fuera de los límites del espacio y tiempo, tocó las vidas de hombres y mujeres ubicadas en el espacio y tiempo, porque estaban en la historia. Lo escatológico y lo histórico están en una interacción.

3. La tumba de Jesús no formaba parte del evento escatológico. Jesús fue enterrado en cierto espacio, pero es razonablemente cierto que la tumba no era conocida, y si lo era, estaba vacía. ¿Cómo habrían podido los discípulos predicar que Dios resucitó a Jesús si la tumba contenía el cadáver o el esqueleto de Jesús?

4. La tradición de que la tumba era conocida y estaba vacía es más antigua que los relatos evangélicos y fue construida alrededor del descubrimiento de la tumba vacía. La

hipótesis de que el lugar del entierro de Jesús era desconocido es pobremente apoyada. La idea de que el cuerpo había sido robado pudo haber sido el primer pensamiento que ocurrió a los seguidores de Jesús cuando ellos encontraron la tumba vacía.

5. Las posiciones fundamentalistas modernas (“Nuestra fe depende de la tumba vacía” o “Nosotros creemos en la tumba vacía”) sitúan mal el énfasis de la fe en la resurrección. Los cristianos creen en Jesús, no en la tumba.

6. En el origen de la fe en la resurrección se encuentra la aparición del Señor glorificado que primero llevó a los discípulos a creer; y esta fe, a su vez, interpretó la tumba vacía. Habiendo experimentado a Jesús resucitado, entendieron que la razón por la cual la tumba estaba vacía era porque él había sido levantado de entre los muertos. Por eso los cristianos confiesan a Jesús que fue *levantado* y se apareció (1Cor 15,4-5; Lc 24,34). Por consiguiente, mientras la tumba vacía no era objeto de la fe cristiana, no está sin relación con esa fe, porque ambienta el camino en el cual la fe fue proclamada.

7 En último término, la intuición de la fe dio forma a los relatos del descubrimiento de la tumba. La solución revelada a la ambigüedad de la tumba vacía, es decir, que estaba vacía porque Jesús había sido levantado, fue incorporada a los relatos por la introducción de uno o más ángeles que proclamaron: *Él fue levantado* (Mc 16,6).

Apéndice: La Comunión de los Santos

Un misterio que necesita ser precisado teológicamente, para evitar deformaciones, como la de considerarlos “intercesores”, o como si Dios necesitase ser “convencido” por ellos. Es necesario situarlo en su verdadera fecundidad:

como ánimo y compañía, como la presencia de múltiples espejos donde se refleja la infinita riqueza de los atributos divinos, como solidaridad con ellos en la historia.

La *liturgia funeraria* debe ser repensada: ha sido deformada y comercializada, a causa de su instrumentalización como “sufragio”, con el fin de “aplacar” a Dios para que sea “piadoso” con los difuntos. Por fortuna, en Jesús, sobre todo en la celebración de la eucaristía, tenemos el modelo luminoso. Respecto de ellos, celebramos su muerte y su resurrección: como acción de gracias al Dios de la vida, como ejercicio de la comunión viva y actual, como solidaridad con el dolor de los allegados, como ánimo para la vida, como alimento de nuestra fe en la resurrección.

Los temas de la *Parusía* y del *Juicio Final*, de mucho arraigo en la tradición y en la piedad popular, aluden a lo incompleto de nuestra realidad y a una espera verdadera también para los resucitados. No existe salvación “acabada” para nadie mientras haya miembros en camino en espera de su realización plena, libre de las amenazas del mal y de la oscura angustia de la muerte. La comunión de los santos no está completa mientras no estén todos.

BIBLIOGRAFÍA

- BOVATI, Pietro, “Pascua. La experiencia del resucitado”, *La Civiltà Cattolica*, abril 2022.
- BROWN, Raymond E., *The Virginal Conception and Bodily Resurrection of Jesus*. Paulist Press, New York, 1973.
- HENDRICKX, Hermann, *Los relatos de la resurrección*. Ediciones Paulinas, Madrid, 1984.
- LÉON-DUFOUR, Xavier, *Resurrección de Jesús y Mensaje Pascual*. Sígueme, Salamanca 1985.
- MARTINI, Carlo M., “Le cattedre dei non credenti”, Milano, Bompiani, 2005.
- , “Il problema storico della risurrezione negli studi recenti”, Roma, Libr. Ed. Gregoriana 1959.
- RIGHT, N. T., *The Resurrection of the Son of God* Fortress Press, Minneapolis, 2003.
- TORRES QUEIRUGA, Andrés, *La Resurrección. Experiencia e interpretación actual*. Universidad Iberoamericana, Puebla, México 2005.

ÍNDICE

Presentación • 7

Nociones introductorias • 11

La resurrección en los textos • 21

La génesis de la fe en la resurrección de Jesús • 29

El mensaje pascual de Marcos (16,1-8; 9,20) • 31

El mensaje pascual de Mateo (27,62-28,20) • 35

El mensaje pascual de Lucas (24,1-53) • 37

El mensaje pascual de Juan (20,1-31; 21,1-25) • 41

Elementos complementarios • 47

La resurrección en la comprensión actual • 49

Hermenéutica • 57

Reflexiones históricas y teológicas sobre la resurrección • 61

Temas generales en las narraciones pascales • 65

Conclusiones • 71

Bibliografía • 75

Resucitó de verdad. Ensayo sobre la resurrección, libro de Mario López Barrio, SJ, fue impreso en febrero de 2024. La edición estuvo al cuidado del Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón.



Grupo de
Editoriales
Universitarias
AUSJAL

Mario López Barrio nos introduce a los textos que dan cuenta del formidable “Misterio de la Esperanza” que es el acontecimiento de la resurrección de Jesús, esto para contemplarlo más allá de explicarlo, y todo con una mirada sencilla, además de erudita; con una actitud respetuosa, además de ilustrada.

LUIS REY DELGADO GARCÍA